Capítulo 9. La escuela inclusiva como aprovechamiento del potencial humano

Hay un argumento para la inclusión que se suele reservar para el final: el argumento pragmático. La integración no es solo un deber ético, es también una oportunidad. Un sistema que no integra bien a sus alumnos de origen migrante no solo les falla a ellos: se falla a sí mismo.

El potencial que el sistema desperdicia

El potencial no se distribuye según el origen. Un chico marroquí que llegó sin español a los catorce años y aprueba el bachillerato tiene un nivel de resiliencia, adaptación y esfuerzo que cualquier universidad debería valorar. Una chica de origen ecuatoriano que ejerce de mediadora informal entre su familia y el sistema sanitario tiene capacidades de comunicación intercultural que no se aprenden en ningún máster. Un adolescente que habla tres lenguas porque ha crecido en un hogar trilingüe tiene una riqueza cognitiva demostrada. Cuando el sistema falla en la integración de estos jóvenes, no solo les hace daño a ellos: se priva de sus contribuciones futuras como trabajadores, contribuyentes y ciudadanos.

El potencial no debe entenderse únicamente como talento excepcional que un sistema competitivo podría aprovechar. También es la capacidad ordinaria de aprender, trabajar, cuidar, crear vínculos y participar en la comunidad. Hablar solo de los alumnos migrantes que triunfan pese a todo puede producir otra exigencia injusta: que deban demostrar un rendimiento extraordinario para ser reconocidos. La inclusión se justifica por dignidad y derecho, no por la rentabilidad futura del estudiante.

La diversidad de experiencias sí amplía las posibilidades educativas cuando se integra en el currículo sin convertir a nadie en portavoz obligatorio de una cultura. Un alumno puede aportar otra lengua o perspectiva, pero tiene derecho a no representar a un país entero. El profesorado puede diseñar tareas con fuentes plurales, historias conectadas y problemas comunes, de modo que la diversidad aparezca como parte del conocimiento y no como espectáculo episódico. Todos aprenden entonces a argumentar ante experiencias que no coinciden con la propia.

La inclusión como enriquecimiento mutuo

Los alumnos autóctonos también aprenden con la diversidad, pero no de forma automática. La diversidad en el aula no produce enriquecimiento por el mero hecho de existir: lo produce cuando se gestiona pedagógicamente de forma que permite el encuentro real. Un grupo de bachillerato que incluye alumnos de cinco orígenes distintos y ha discutido juntos en clase de Filosofía qué significa la identidad, la patria o la pertenencia tiene acceso a una riqueza de perspectivas que un grupo homogéneo no puede tener. Esta es la inclusión bien entendida: enriquecimiento mutuo que solo se produce cuando hay condiciones —lengua

compartida, normas comunes, vínculos, respeto— para que el encuentro sea real y no cosmético.

El coste social del fracaso de la integración

España no está en la situación de fractura que se observa en algunos países europeos donde la segregación escolar, el abandono educativo y la exclusión laboral han producido generaciones de jóvenes de origen migrante desconectados del proyecto colectivo. Pero tampoco está inmunizada. Las condiciones que en Francia, Bélgica o el Reino Unido produjeron situaciones de fractura están presentes, en grado menor, en el sistema español. La escuela es, en este contexto, una línea de defensa de la cohesión social que no tiene sustituto. El coste del fracaso de la integración —en términos de abandono educativo, exclusión social, menor contribución fiscal y mayor demanda de servicios sociales— es significativamente mayor que el coste de la integración exitosa.

El coste del fracaso no se limita a indicadores de empleo o prestaciones. Incluye desconfianza institucional, barrios más separados, pérdida de participación cívica y transmisión intergeneracional de expectativas bajas. También afecta a los compañeros de origen no migrante: una escuela fragmentada les priva de aprender a convivir con la pluralidad real de la sociedad. La integración educativa no es una política para «ellos», sino una inversión en la calidad democrática de todos.